

PRESENTACIÓN

Donde no habite el olvido evoca un espacio en el que, real o simbólicamente, se vive. A lo largo de su elaboración este volumen ha sido un lugar de encuentro, debate y reflexión; se ha ido transformando paulatinamente en la casa de los textos que la han ido habitando y en la que dialogan en torno a un tema común y un territorio compartido: *Herencia y transmisión del testimonio en México y Centroamérica*.

Muchos de los ensayos que moran en este espacio fueron concebidos en ocasión del I Congreso Internacional de Literatura y Derechos Humanos, *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en América Latina*, que tuvo lugar en Gargnano, Italia, del 29 de junio al 4 de julio de 2015. Convertido en un momento privilegiado de encuentro, discusión constructiva y estimulante impulsó, sin duda, el esfuerzo común en el trabajo de investigación y la profundización de los temas tratados.

Esta casa, construida con cimientos sólidos, como las ideas que la sustentan, y muros levantados con palabras, imágenes y sentimientos, ha sido proyectada con una arquitectura sencilla que distribuye el espacio en cinco amplias y luminosas habitaciones: *Literatura, política y testimonio*, *El testimonio en la narrativa*, *Voces femeninas del testimonio*, *El testimonio y la imagen* y *Dossier Ana Guadalupe Martínez*. Cada una de estas da a un patio central y común donde se escucha una fuente, la fuente de la memoria.

Apenas se entra, Pilar Calveiro y Sandra Lorenzano nos salen al encuentro en *Literatura, política y testimonio* para iniciar el recorrido por nuestra casa. Ambas de origen argentino y con una dolorosa experiencia de dictadura que las obligó al exilio, hicieron de México su nueva patria de elección. ¿Quiénes mejor que ellas para introducirnos en el tema del testimonio? Calveiro, en su ensayo *Sentidos políticos del testimonios en tiempos de miedo*, señala la dimensión ética y política a partir de la multiplicidad de significados que la palabra del testimonio puede tener, desde la indiscutible demanda de justicia que lleva a denunciar una violencia hasta los efectos que ese término puede

ocasionar al desafiar y violentar el orden existente. Estos tiempos de miedo —un miedo sembrado y generado como instrumento político de control en el sistema neoliberal— exigen la resistencia de un ejercicio de la memoria responsable que asigne en el presente nuevos significados a la experiencia antigua. Una memoria virósica y viva que contradiga el discurso estructurado desde el dogma político o académico; una memoria involuntaria que irrumpa inesperadamente iluminando con nueva luz tanto el pasado como el presente. Calveiro reflexiona sobre la memoria y la justicia a partir del testimonio de los perseguidos, los abandonados, los indígenas, para demostrar cómo la posibilidad de testimoniar ayuda a los actores —víctimas de las políticas del miedo— a reconocerse como sujetos de palabra y de derecho, a dignificar su práctica, transmitirla y hacerla comprensible. Así, el testimonio recogido por periodistas y académicos del caso de los 43 estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa (Guerrero) atestigua la política del terror aplicada en la desaparición forzada de activistas, en la que redes delictivas y gubernamentales se asocian facilitando el ocultamiento de responsabilidades. La misma complicidad entre autoridades y redes mafiosas se vislumbra en el testimonio casi inaudible de los migrantes, un testimonio que da cuenta del miedo que los mueve a desplazarse y de su función de ‘alcancías’ en el mercado criminal. Una posibilidad real de resistencia a las políticas del miedo, con una memoria comunitaria y viva que se articula a las necesidades del presente, se plasma como alternativa en los testimonios del municipio indígena de Cherán K’eri, ejemplo de un uso de la memoria colectiva que hace justicia a la idea de identidad narrativa de las comunidades a las que pertenecemos¹.

Del mismo modo, es una forma de resistencia la memoria fragmentada de lo que queda de la experiencia, la palabra rota, encarnada en los ocho fragmentos que constituyen el testimonio personal de exilio en México de Sandra Lorenzano. *De naufragios y balbucesos o el inútil testimonio*, eco de las voces de Walter Benjamin y Giorgio Agamben y de los versos de Paul Celan, enlaza la experiencia doliente de la dictadura argentina con la actual realidad violenta de México. Su voz, pronunciada en primera persona, se vuelve nuestra, plural, en un relato que se hunde en la historia de la Argentina del siglo XX, marcada por profundas heridas concentradas en una fecha simbólica: 24 de marzo de 1976. Le sigue el naufragio de las pérdidas, la desorientación, el miedo, el exilio; un naufragio del que se salvará gracias a una balsa llamada México, su segunda patria. Desde aquí Lorenzano confiesa su largo y doloroso proceso que la llevará a optar por la palabra poética, la lengua quebrada en la escritura fragmentada, como único camino para testimoniar su propia experiencia de la dictadura y el exilio nacido de «las fisuras de la aporía del arte y el horror». Así, la cuestión central sobre la relación entre estética y ética fundamenta la concepción del testimonio como donación y herencia, siempre presente en las lecturas y la producción poética y narra-

1 Paul Ricoeur, *Respuesta a mis críticos*, «Fractal» 13.4: 129-137, 1999.

tiva de Lorenzano, expresión de la conciencia y de la responsabilidad social del testigo en la transmisión de la memoria.

Las mismas ideas sobre la memoria, el testimonio y su transmisión nos acompañan a la segunda habitación de la casa, *El testimonio en la narrativa*, tanto mexicana como centroamericana, donde cuatro estudiosos dialogan con autores de los siglos XX y XXI desde distintas perspectivas.

Anthony Stanton nos abre la puerta con dos textos fundacionales de la literatura testimonial o documental no solo mexicana, sino latinoamericana: *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas y *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska. El primero, escrito en 1948, anticipó la obra de Walsh, inspiró a Barnet y a Poniatowska en su escritura testimonial y ha sido también modelo de numerosos textos posteriores como *Me llamo Rigoberta Menchú*, de Elizabeth Burgos (1982). Afirmando la reinención literaria como sobrevivencia del testimonio, Stanton se mueve en dos niveles: por un lado, traza una línea que hunde las raíces del género testimonial en el trabajo de Fray Bernardino de Sahagún y las Crónicas de Indias, para concentrarse en el siglo XX con Pozas. Por el otro, focaliza la atención en la condición de testigo no presencial, que en el caso específico de Poniatowska no le impidió ser cronista. De hecho, en *La noche de Tlatelolco* (1970) registró y ordenó los testimonios de los allí presentes construyendo un mosaico por medio de una escritura fragmentada e intertextual, en la que incluye una variedad de puntos de vista y posiciones ideológicas sin perder la suya. Un modelo de escritura que lleva a Stanton a interrogarse sobre la historia reciente de México y la pervivencia del mal, como en el caso de los 43 de Ayotzinapa. Si se ha tratado de evitar que no habite el olvido registrando la memoria, ¿por qué no se ha escrito aún *La noche de Iguala*? ¿Por qué se repite el mal?

Ese mal que en el norte de México adquiere rasgos particulares encuentra en la pluma de Eduardo Antonio Parra una cruda representación literaria de la condición humana, crítica social que es manifestación de una realidad dolorosa, violenta, generada y aniquilada por los mismos males. Ana María González Luna propone el análisis de la colección de cuentos *Destierro* de este autor como ejemplo de una narrativa poética de la violencia y como testimonio que muestra los efectos horroríficos del sistema neoliberal encarnados en los habitantes de la frontera, del desierto, de las ciudades del norte, que miran hacia Estados Unidos desde el mito, el temor y la nostalgia. Historias de desterrados —migrantes, vagabundos, mujeres, soldados— protagonistas de una realidad cotidiana e invisible marcada por esa política del miedo que expone Calveiro, miedo que se respira y se cuele por los resquicios de una realidad que se va resquebrajando.

Entre el norte y el centro de México encontramos, en el texto de Ana Rosa Domenella, dos autores, dos ciudades y dos generaciones testigos de la violencia del siglo XXI: Carlos Velázquez y Ester Hernández Palacio. Centrándose en el lenguaje y la eficacia del discurso narrativo del testimonio,

Domenella sigue la pauta de Piglia, Link y Arfuch. Con *El Karma de vivir en el norte* presenta el reto del género de la autobiografía acometido por Velázquez a través de una serie de crónicas fragmentadas de sus experiencias en Torreón, su ciudad natal, transformada en los últimos años por la violencia del crimen organizado. Dichas crónicas tienen como único hilo conductor la relación del autor con su hija de cinco años. Se trata de un testimonio sembrado de referentes intertextuales —televisión, música, literatura, cine— que refleja el estilo y el lenguaje cultural norteño del autor. Y siguiendo en esta misma línea del testimonio de la experiencia, más que de la verdad, en el que se escucha el eco de Agamben, Domenella nos propone *México 2010. Diario de una madre mutilada*, de Hernández Palacio, testimonio puntual que denuncia el crimen que quiebra a su familia: el asesinato a manos de sicarios de su hija de veintiséis años y de su yerno en Xalapa, Veracruz. Se trata del diario escrito a lo largo de un mes donde se respira la convicción de que solo la memoria da continuidad de la experiencia del pasado en el presente. Un diario en el cual la poesía señala el inicio y el final de cada día, versos que toma prestados para decir lo indecible de su dolor.

Esta habitación de la narración guarda un espacio particular al género testimonial centroamericano que Andrea Pezzè coloca en el contexto latinoamericano, iluminando tanto el aspecto teórico como el de su función social, no sin cuestionar su relación con el canon occidental. Es el testimonio el lugar donde la especificidad literaria latinoamericana satisface su demanda de centralidad, como modalidad de narrativización de la realidad y también como escritura contrahegemónica *in moto perpetuo*. Un marco teórico y crítico abre el diálogo del testimonio con otras narrativas que forman parte del mismo género. La heterogeneidad permite encajar lo policial en lo testimonial, como lo demuestra en su análisis de *Insensatez*, de Castellanos Moya y de *El material humano*, de Rey Rosa, en el que aparece Piglia con su concepto de ficción paranoica del policial en cuanto procedimiento ficticio de determinación de la verdad. La relevancia histórica, ideológica, moral y política de los acontecimientos narrados en estas dos novelas llevan al cruce entre el género testimonial, que se mueve por la política de la verdad y la verdad de una política, y el género policial, que busca la determinación de la verdad.

En esta casa construida con palabras hay una habitación donde se escucha un coro de tres voces, *Voces femeninas del testimonio*, que protestan y proponen, reflexionan y denuncian. Toma la palabra Edith Negrín para filtrar la voz de Rosa Albina Garavito, testimonio guerrillero en un periodo convulso y difícil de la historia de México como lo fueron los años sesenta y setenta. En el testimonio plasmado en su libro *Sueños a prueba de balas. Mi paso por la guerrilla* —escrito en 2002 y publicado apenas en el 2014— cuenta la historia de su experiencia en grupos armados utilizando el yo como colectividad. En su relato de luchas y represiones se detiene en aquel famoso asalto al cuartel militar Madera (1965). Recuerda el balazo recibido en el estómago

en medio de una irrupción policíaca, una herida infligida no solo a su cuerpo, pues es vivida como metáfora de la lesión causada al sistema político mexicano y, a su vez, al movimiento armado. Resulta interesante la evolución personal de Garavito, quien pasó de la lucha armada a la lucha por la vía pacífica y que aparece en su testimonio acompañada de una autocrítica madura. La intención política de la narración la lleva a evitar a cualquier costo todo tipo de sentimentalismo. Invitación a la reflexión —añadiría yo—, a pensar más que a sentir.

Como instrumento de comunicación, el periodismo narrativo en la voz de Emanuela Borzacchiello se torna arma de lucha en su esfuerzo por decodificar los actos violentos e interrumpir el proceso de normalización de la violencia, se vuelve así recurso textual que desenmascara las formas de la invisibilización de las vidas más vulnerables, como las mujeres. Mientras lo dice, parecer asomarse Stanton desde la segunda habitación para recordarnos que Poniatowska con *La noche de Tlatelolco* es una de las fundadoras de ese género literario en México. Explica y fundamenta el uso de diferentes herramientas de denuncia y crítica que está generando nuevos registros narrativos, mediante un enfoque interdisciplinario, para que la memoria no desaparezca. Los diferentes lenguajes, el teórico de Rivera Cusicanqui y el periodístico de Marcela Turati, se unen para evitar que las muertes y la violencia se normalicen, con la intención responsable de pasar de la denuncia a la propuesta. Dos significativos trabajos de Turati, *Fuego Cruzado* (2014) y *Los universitarios en la Montaña* (2015), muestran un trabajo de investigación y análisis en el que los datos suelen volverse peligrosos y ponen en serio riesgo la vida de los periodistas.

El diario de campo de Amaranta Cornejo Hernández, realizado como reflexión autoetnográfica, alterna la primera persona femenina singular del testigo con la forma plural del planteamiento en torno a una memoria anclada en la subjetividad desde lo emocional. Una reflexión capaz de generar conocimiento como acción colectiva. Se trata de un trabajo de campo que involucra al sujeto que investiga en la investigación misma y se nutre de las propuestas feministas construidas a partir del giro emocional que produce objetividad dinámica, según la teoría de Fox-Keller. Un conocimiento ‘implícado’ que se aleja de las universalizaciones y lleva a la deconstrucción de la dicotomía entre teoría y práctica. En cuanto académica y activista feminista, Cornejo Hernández hace una politización de lo emocional en un camino de ida y vuelta, que la lleva de la práctica a la reflexión dando un valor analítico a la cotidianidad. Etnografía móvil y multilocal, posible gracias a las tecnologías de la información y la comunicación.

Aquí se abren las puertas de otra estancia donde encontramos obras de arte, libros y documentos audiovisuales. Cuatro estudiosos —dos italianos y dos mexicanas que transitan entre ambos lados del Atlántico— se reúnen en torno a *El testimonio y la imagen* para delatar la violencia: Valentina Ripa

y Alessandro Rocco nos comparten la mirada honesta, comprometida y crítica de algunos documentales latinoamericanos sobre Guatemala y México; Lucía Raphael de La Madrid nos conduce por un viaje mexicano entre la literatura y el arte contemporáneo que rebasa fronteras geográficas y disciplinarias; Ana Del Sarto, a su vez, planta los pies en la impunidad en México como política del olvido. Entremos en algunos detalles.

Valentina Ripa estudia a fondo la elaboración y el significado de los documentales de la norteamericana Pamela Yates sobre Guatemala como expresión del cine testimonial, género que va especializándose cada vez más. Analiza la trilogía guatemalteca que guarda una estrecha cohesión temática de innegable función política: *Cuando las montañas tiemblan*, *Granito de arena* y *Cómo atrapar a un dictador*. El valor del testimonio presente en estos tres documentales cobra mayor sentido en los apuntes, declaraciones y comentarios de los cineastas, citados por la autora, que se conjugan con el aspecto artístico y explican, asimismo, su intención político-social. Al aspecto técnico se une el necesario marco histórico que contextualiza el trabajo de Pamela Yates y su equipo, un trabajo cinematográfico caracterizado por la intertextualidad como técnica de realización, lo cual permite escuchar no solo la voz de los testimonios principales y protagonistas, sino también las voces ‘menores’ de quienes no tienen nombre.

Otro testimonio cinematográfico importante es el del argentino Felipe Cazals en su documental *Digna... hasta el último aliento* sobre el caso emblemático de Digna Ochoa y Plácido, abogada defensora de los derechos humanos en México, cuya muerte, al haber sido declarada por la procuraduría de justicia «suicidio simulado», generó un amplio debate. Alessandro Rocco, después de exponer y documentar el caso, analiza las estrategias discursivas utilizadas por el cineasta para refutar la tesis de suicidio y reivindicar la imagen y la labor de Digna. La narración, realizada en una modalidad ficcional que dialoga con fragmentos documentales de diferente tipo, tiene la fuerza ética y política de la denuncia y la urgencia de la demanda de justicia.

Lucía Raphael de La Madrid, por su parte, se desplaza con flexibilidad en diferentes espacios de los géneros artísticos y en los laberintos de las disciplinas humanistas para reflexionar, desde una perspectiva femenina, sobre la compleja realidad mexicana que se bate entre el reconocimiento de la alteridad y una identidad en crisis. La novela de Rosario Castellanos publicada en 1957, *Balún Canán*, expresión del indigenismo mexicano, y la obra visual colectiva *Ayotzinapa an antology/una antología* —realizada por un grupo de artistas chicanos como denuncia y testimonio de la desaparición forzada de los 43 estudiantes de Ayotzinapa en 2015— son testimonio de una radicada cultura de la violencia.

La violencia que se alimenta de la impunidad y es manifestación de la evidente política del olvido llevada a cabo desde hace decenios en México es documentada por Ana del Sarto a través de un abundante y seleccionado material periodístico, interpretado como memorial de agravios. Los testimonios

que denuncian la grave crisis de los derechos humanos confirman la ausencia del estado de derecho en México y exigen una seria y responsable reflexión que tenga presente las políticas de la memoria con respecto a la víctimas.

El último de estos cinco cuartos, pero no por ello arrinconado u oscurecido, sino espacio luminoso digno de concluir nuestro recorrido por esta casa de la memoria, es el que dedicamos al *Dossier Ana Guadalupe Martínez*, testimonio de la lucha armada en los años setenta en El Salvador y de la transición hacia la lucha legal y política en un país que ha conquistado con grandes sacrificios la democracia. A la fuerza de su testimonio dedico unas breves palabras como reconocimiento de la trayectoria política y social de Ana Guadalupe Martínez. Es su voz la que habita este espacio. Una voz definida, de quien mide las palabras porque conoce su peso, se escucha con claridad en dos tonalidades distintas, las que exigen los dos registros de su testimonio: un ensayo escrito para la biblioteca de esta casa donde no tiene cabida el olvido, en el que asume formalmente la herencia del testimonio salvadoreño para transmitirlo, y una generosa entrevista en la cual subraya la fuerza de la autenticidad del testimonio, no solo salvadoreño y centroamericano, sino latinoamericano y universal. Consciente de formar parte de una tradición nacional, se considera un eslabón más de esa cadena testimonial que es ya parte de la historia de El Salvador. En este sentido y de forma implícita, en su voz se puede percibir el eco de las muchas otras que conforman ese cuadro general del testimonio centroamericano en el que Pezzè da la palabra a Castellanos Moya y a Rey Rosa y Ripa la cede al cine testimonial de Pamela Yates. En una perspectiva más amplia, comparte con Rosa Albina Garavito, que escuchamos gracias a Negrín en el cuarto de *Las voces femeninas del testimonio*, la capacidad de autocrítica que permite testimoniar la evolución de la lucha armada como guerrilleras a la actual y constante lucha pacífica por los derechos humanos en sus respectivos países.

Hilos aparentemente sueltos se van tejiendo en la lectura y la reflexión de una temática común como es la del testimonio en México y Centroamérica. La lectura de todos los textos mencionados nos confirma que en esta casa no habita el olvido, sino la transmisión responsable y consciente del testimonio, la memoria fragmentada pero viva, obligada en cuanto necesaria, de una dolorosa historia reciente de violación de los derechos humanos en América Latina. Memoria y testimonio dan sentido y restituyen el pasado que ya no es pero que ha sido, ese pasado que, como afirma Certeau, reclama el decir del relato desde el fondo mismo de la propia ausencia².

Ana María González Luna C.

2 Michel de Certeau, *L'absent de l'histoire*, Tours, Mame, 1973.

